Prólogo
Ha nacido una religión

Vivo en una ciudad del sur de la India. Mi edificio está a medio camino entre un templo hindú y un *ashram.* Nunca he estado en el interior del templo, pero paso junto a su entrada un par de veces al día y su rutina me es familiar. Un poco antes de las seis de la mañana, un estruendo de tambores y un retumbar de trompetas de concha anuncian el inicio de la oración diaria. La deidad que lo preside es Ganesha, el dios con cabeza de elefante, que es venerado como liberador de obstáculos. Una elefanta de las de verdad, Lakshmi, puede visitarse al caer la tarde y siempre atrae a una multitud. Pero las aglomeraciones para hacerse selfis ante este tan amado paquidermo no son nada en comparación con el caos que se organiza los miércoles y los viernes al atardecer. Es en ese momento cuando la gente trae sus motocicletas y sus coches para que sean bendecidos.

La ceremonia, llamada *vandi puja* o bendición de los vehículos, es una de las especialidades del templo. Consiste en una serie de actos rituales que deben realizarse correctamente: el pro-

pietario conduce el vehículo, adornado con guirlandas, hasta un punto concreto de la carretera, fuera del templo. Un sacerdote agita un plato con un pedazo de alcanfor encendido, un limón y unos pocos artículos más, mientras canta los mantras necesarios. Entonces pone el limón en el suelo. El conductor mueve lentamente el vehículo hacia delante, aplastando el limón, tras lo cual deposita una ofrenda en el plato. El propósito del ritual es evitar los accidentes. Puedo entender la ansiedad de los conductores. Las carreteras indias están entre las más peligrosas del mundo. Parte del problema es la extendida laxitud en relación con las normas de tráfico. La idea de que, para evitar accidentes, deben evitarse ciertas acciones cuando se está al volante de un vehículo realmente no ha cuajado.

En sentido contrario está la puerta del *ashram*. He estado en su interior miles de veces porque soy uno de sus miembros. Y también conozco la rutina del lugar. Por la mañana, las mujeres colocan decoraciones florales en el *samadhi* o tumba de los fundadores. La gente se sienta en silencio en el perímetro del patio o conversa con los amigos cerca de la entrada. Durante el día, algunas personas se sientan a meditar, otras se acercan a la tumba con flores o incienso, y otros atraviesan el patio de camino a las oficinas administrativas. Unas pocas personas se detienen en la habitación en la que hay una fotografía de uno de los fundadores. Ha estado ahí durante más de ochenta años. Su propósito original era dar a los visitantes una idea de qué aspecto tenía, ya que no recibía nunca a nadie, ni siquiera a sus propios discípulos. Más adelante alguna gente em-

pezó a postrarse ante la fotografía. Él intentó desalentar esta práctica, escribiendo en una carta que no quería que la habitación se convirtiera en un lugar de culto público. Durante el tiempo en que he estado aquí, los actos de culto públicos se han vuelto más y más frecuentes.

Cuando voy al *ashram,* me siento cerca del *samadhi* y medito o, sencillamente, miro a mi alrededor. Cuando era más joven, a veces dejaba flores sobre la tumba, pero el ritual no me hacía sentir bien. De niño no recibí ninguna formación religiosa y nunca lo he lamentado. Aquí, las madres enseñan a sus hijos e hijas cómo inclinarse y hacer ofrendas cuando apenas saben andar. Al verlo, la palabra «adoctrinamiento» me viene a la cabeza, pero a los pequeños parece gustarles que les indiquen lo que tienen que hacer.

Durante la década de los 1960, cuando las religiones orientales gozaban de un momento de auge en Estados Unidos, me interesé por las enseñanzas de los fundadores. Muchos *swamis* se establecían en Nueva York, y el yoga y la meditación se convirtieron en parte de la amalgama contracultural. Yo también comencé a meditar, empezando con una técnica de mantra popular en aquel momento. También aprendí algunas posturas del *hatha-yoga* que practicaba esporádicamente sin acabar de dominarlas (sigo envidiando a la gente capaz de hacer el *purna shalabhasana* o postura completa de la langosta). Entonces unos amigos me presentaron un profesor americano que tenía un centro de yoga en el Upper West Side. Acabé quedándome allí un par de años, atendiendo el negocio, haciendo mucha medi-

tación y leyendo una gran cantidad de libros, especialmente los de los fundadores de mi *ashram*. Una de las cosas que me gustaba de sus enseñanzas era la insistencia en que el yoga no era una religión. La frase «espiritual, pero no religioso» se convirtió en habitual en aquella época, y yo fui una de las personas que la esgrimía cuando me preguntaban si el yoga no era una especie de culto.

Después de tres años de estudio y práctica en Nueva York y alrededores, decidí ir a la India. A los pocos días de aterrizar en Bombay, llegué a la ciudad donde estaba el *ashram*. Al cabo de una semana empecé a trabajar bajo las órdenes de un hombre que llevaba ahí desde los años treinta. Estaba buscando a alguien que lo ayudara a publicar una edición completa de las obras de uno de los fundadores y me preguntó si me gustaría ayudarle. Estuve encantado de aceptar. Después de un año de trabajar de aprendiz, empecé a preparar sus escritos no recopilados para publicarlos. También viajé a diferentes partes de la India en busca de material. El fundador había sido un político revolucionario antes de convertirse en yogui y había registros de sus discursos transcritos por los espías británicos en archivos del gobierno. Libros polvorientos en diferentes librerías contenían piezas de prosa por recopilar y cartas. Pero la fuente más abundante de material hasta entonces desconocido eran, de largo, sus manuscritos. Amontonados en la habitación de su secretario desde su muerte veinte años atrás, nunca se habían catalogado de forma sistemática. Centenares de páginas permanecían inéditas. Nos correspondía a mí y a mis

colegas transcribirlas y enviarlas a la imprenta. Otras personas aprendían cómo microfilmar y preservar sus manuscritos. Con el tiempo, nuestra pequeña oficina se convirtió en un archivo.

Cuando le preguntaba al director sobre los fundadores del *ashram*, guardaba silencio o tan solo decía en voz baja que creía que su trabajo había sido muy importante. Esta discreta respuesta era típica de los de su generación. Cuando hablaba con personas que habían llegado una década o dos más tarde, estas eran propensas a poner a los fundadores por las nubes —y a ellos mismos junto a los fundadores—. Esta hipérbole tenía dos fuentes: la tradición antigua de la poesía tradicional y la mitologización moderna. Aprendí sobre mitos de un tipo con el que acostumbraba a entrenar en el gimnasio. Sus padres llegaron al *ashram* cuando él era solo un crío, y creció escuchando historias sobre su increíble pasado y más todavía, sobre su increíble futuro. Había una creencia generalizada de que el trabajo espiritual de los fundadores iba a transformar el mundo y de que la gente del *ashram* serían los primeros en sentir los efectos.

Los fundadores tenían unas aspiraciones más modestas con respecto a los miembros del *ashram*. Esperaban que los individuos pudieran superar sus problemas y consiguieran algún progreso interior, y que la comunidad en su conjunto lograra funcionar armoniosamente y sirviera de modelo para otros. Muchas personas en el *ashram* hicieron algún progreso y la comunidad creció y prosperó. Luego los fundadores murieron. La comunidad sobrevivió y muchos de sus miembros mantu-

vieron sus expectativas milenarias. Mi colega de ejercicios, no. Después de un tiempo, abandonó el *ashram* y se montó la vida en otra parte. Yo no sentí ninguna gana de irme. Siempre me tomé en serio la afirmación de los fundadores de que el yoga era una cuestión de esfuerzo individual. Independientemente de cuánto se dependa de la orientación de los maestros y del apoyo de los amigos, uno tiene que hacerlo por sí mismo. Con esto en mente, establecí una rutina de meditación, trabajo, estudio, escritura y deporte.

Los discípulos que se hicieron cargo del funcionamiento del *ashram* eran firmes en su fe, pero de mente abierta. Con el paso del tiempo, y cuando la primera generación falleció, la atmósfera se volvió más artificial, y el devocionalismo, más ostentoso. Durante un tiempo, estuve demasiado ocupado para darme cuenta. Había empezado a publicar artículos y libros sobre la lucha de la India por su libertad y sobre la contribución de los fundadores, obras que eran más apreciadas por lectores de fuera del *ashram* que por los propios miembros. Algunos se tomaron como una bofetada en la cara el hecho de que me guiara por la metodología historiográfica convencional. La situación llegó a un punto crítico en 2008, cuando publiqué la biografía del fundador en una editorial universitaria americana. Un par de personas intransigentes revisaron el libro y encontraron motivos para iniciar cuatro causas contra mí y una contra los administradores del *ashram*, que fueron considerados no aptos para servir porque se negaron a expulsar al autor de un libro «blasfemo» que «deliberada y maliciosa-

mente pretendía insultar las creencias religiosas de millones de indios».[1] Después de cinco años y medio de costosas vistas, la Corte Suprema de la India desestimó el caso.

En ese momento, yo estaba trabajando en una historia de la idea del sí mismo tal como se explica en la literatura en primera persona. Descubrí que la gente de las culturas tempranas no tenía un sentido del sí mismo parecido al que hoy la mayoría de nosotros damos por sentado. Esta idea surgió en el transcurso de muchos siglos y recientemente ha empezado a declinar. A medida que me sumergía en mis fuentes, vi que la historia de la idea del sí mismo corría paralela a la historia de la idea de Dios y que las personas que desempeñaron un papel destacado en la historia del sí mismo —Platón, Agustín de Hipona, Rousseau— también fueron importantes en la historia de Dios. Las personas que tuvieron dudas sobre la idea del sí mismo —Buda, Nagarjuna, David Hume— fueron escépticos sobre la idea de Dios.

La búsqueda de la sabiduría espiritual libre de dioses se remonta a miles de años. Desde los días de las *Upanishads* hasta hoy, ha habido tradiciones de pensamiento espiritual y prácticas no-teístas que florecieron junto a religiones basadas en la adoración de espíritus, dioses o Dios. Este libro es una historia de esas tradiciones no-teístas. Después de repasar brevemente las religiones del mundo antiguo, me centro en las filosofías terapéuticas de la India, China y Grecia. Algunas de ellas sobrevivieron durante los mil años de apogeo de la religión teísta, que finalizó alrededor del 1600. El crecimiento de la cien-

cia materialista y de la filosofía atea durante la era de la razón no significó el fin de la búsqueda espiritual. Desde mediados del siglo XIX, sustitutivos seculares de la religión —literatura, arte, filosofía, psicoterapia y demás— han ocupado, para mucha gente, el lugar de las religiones centradas en Dios. Más recientemente, millones de personas han iniciado prácticas históricamente asociadas a tradiciones religiosas, como el yoga y la meditación de la conciencia plena (*mindfulness*), pero descartan el envoltorio religioso.

Las religiones teístas son útiles para mucha gente, pero encierran una debilidad inherente. Todas ellas tienen diferentes concepciones de Dios, y estas diferencias no pueden resolverse nunca porque se basan en revelaciones que los creyentes tienen prohibido cuestionar. Para proteger las certezas divinas reveladas, la gente está dispuesta a perseguir o incluso a matar a aquellos que aceptan otras revelaciones. Lo vemos ahora mismo a nuestro alrededor. Una forma de prevenir la violencia religiosa es incentivar ideas espirituales y prácticas que no dependan de conceptos irreconciliables sobre los dioses.

Hoy muchas personas rechazan toda religión, pero creen que hay algo más en la vida que el consumismo sin sentido y la comunicación compulsiva. Para estas personas, este breve estudio de la historia de la espiritualidad sin Dios puede servirles como una introducción a un terreno muy amplio y proporcionarles una base para seguir explorando.